

El Antiguo Orden Mundial está llegando a su fin - Un Nuevo Orden Mundial está emergiendo

La traición a Gaza representa uno de los fracasos morales más profundos de principios del siglo XXI: un abandono a cámara lenta que hizo trizas la promesa posterior al Holocausto de “Nunca Más” y expuso la fragilidad del derecho internacional cuando se enfrenta al poder crudo y a la conveniencia política. Durante 29 meses, a partir de octubre de 2023, el mundo observó cómo Gaza sufría una devastación implacable: hogares reducidos a escombros, hospitales atacados, niños hambrientos, familias enteras borradas. Las imágenes eran ineludibles —bebés muriendo de hambre, amputados sin anestesia, fosas comunes cavadas a mano— y, sin embargo, la respuesta de quienes se proclamaban guardianes de las normas globales fue, en el mejor de los casos, retórica impotente y, en el peor, complicidad activa mediante vetos, envíos de armas y cobertura diplomática.

“Nunca Más” nació de las cenizas de Auschwitz y Treblinka, un voto grabado en la conciencia de la humanidad tras el asesinato industrializado de seis millones de judíos y millones más. Se convirtió en el pilar moral del orden posterior a 1945: la Convención sobre el Genocidio de 1948, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, los principios de Núremberg que declaraban que los crímenes contra la humanidad trascienden fronteras y soberanías. Sin embargo, en Gaza, esa promesa se quebró. Expertos de la ONU, incluida la Relatora Especial sobre la situación de los derechos humanos en los territorios palestinos, describieron patrones consistentes con el genocidio: asesinato de miembros del grupo, causación de daños corporales o mentales graves, infligir deliberadamente condiciones calculadas para provocar la destrucción física. La Comisión Internacional Independiente de Investigación halló a las autoridades israelíes responsables de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, incluyendo el hambre como método de guerra, exterminio, persecución de género y traslado forzoso. La Corte Internacional de Justicia (CIJ), en medidas provisionales ordenadas en enero de 2024, consideró plausible que se estuvieran cometiendo actos prohibidos por la Convención sobre el Genocidio y ordenó a Israel prevenir tales actos, garantizar la entrega de ayuda y castigar la incitación. Órdenes posteriores y opiniones consultivas reforzaron las obligaciones de facilitar el acceso humanitario, incluida para la UNRWA, y declararon aspectos de la ocupación ilegales.

Estas no eran notas al pie legales oscuras; eran pronunciamientos vinculantes del tribunal más alto del mundo y de órganos autorizados de la ONU. Sin embargo, el cumplimiento fue mínimo. Israel restringió o bloqueó la ayuda —la UNRWA enfrentó suspensiones, cruces cerrados durante meses, corredores humanitarios militarizados o privatizados en caos mortal. Para 2025-2026, reaparecieron condiciones de hambruna, con raciones reducidas a fracciones de las necesidades calóricas, prótesis bloqueadas para miles de amputados y

evacuaciones médicas detenidas. Más de 70.000 palestinos muertos (probablemente muchos más si se cuentan las muertes indirectas por enfermedades, hambre y falta de atención), uno de cada cinco niños del mundo viviendo en zonas de conflicto con Gaza como epicentro del sufrimiento. El mundo lo sabía —imágenes satelitales en tiempo real, despachos de periodistas, informes de ONG— y, aun así, la maquinaria de rendición de cuentas se detuvo.

El abandono de la comunidad internacional fue institucional. El Consejo de Seguridad de la ONU, paralizado por vetos estadounidenses repetidos, falló en imponer alto el fuego o pausas humanitarias. Resoluciones que exigían cese inmediato de hostilidades, acceso incondicional a la ayuda y liberación de rehenes fueron bloqueadas —a menudo con el único voto disidente de Washington— pese al apoyo casi universal de los demás miembros. Se propusieron “pausas humanitarias” y se vetaron; se ignoraron llamados al cumplimiento de las órdenes de la CIJ. Estados Unidos, el aliado más firme de Israel, continuó con la ayuda militar mientras condenaba las bajas civiles en un lenguaje cuidadosamente matizado, enmarcando el conflicto como autodefensa contra Hamás y eludiendo el asedio y la ocupación más amplios. Los aliados en Europa y otros lugares emitieron declaraciones de preocupación, pero rara vez las tradujeron en presión concreta: sanciones aplazadas, exportaciones de armas mantenidas, reconocimiento diplomático intacto.

Esto no fue mera inacción; fue ceguera selectiva. La promesa de “Nunca Más” se invocó selectivamente durante décadas —con razón para el Holocausto, para Bosnia, para Ruanda retrospectivamente— pero en Gaza, el cálculo cambió. Las alianzas políticas, la influencia de lobbies y los intereses estratégicos prevalecieron sobre los principios universales. El resultado: un pueblo confinado en una prisión al aire libre, sometido a bombardeos y bloqueo, mientras el orden global que profesaba prevenir tales horrores miraba hacia otro lado o lo facilitaba. La traición se profundizó con cada veto, cada convoy retrasado, cada declaración de “pensamientos y oraciones” de capitales que podrían haber actuado pero eligieron no hacerlo.

El orgullo siempre cobra un precio. Los arquitectos de este orden —quienes construyeron instituciones sobre las cenizas de la Segunda Guerra Mundial para evitar repeticiones— asumieron que la autoridad moral era autosostenible, que el poder podía anular indefinidamente la ley y la conciencia sin consecuencias. Se equivocaron. Los imperios que ascienden caen, a menudo no por derrota en el campo de batalla sino por erosión de la legitimidad. Cuando la promesa de “Nunca Más” se convierte en eslogan en lugar de ética vinculante, cuando el derecho internacional se aplica selectivamente, cuando el sufrimiento de un pueblo se considera tolerable por conveniencia geopolítica, se siembran las semillas de la destrucción.

Ahora llega la factura, y llega con la fuerza inexorable profetizada en *Dune* de Frank Herbert —una saga donde el poder, el control de recursos y los ciclos inexorables de ascenso y caída se entrelazan de formas que parecen proféticas más que ficticias. Tres metáforas del universo de Dune enmarcan el actual terremoto geopolítico con precisión inquietante.

Primero, el epígrafe de la princesa Irulan en *Hijos de Dune*: “Si la historia nos enseña algo, es simplemente esto: toda revolución lleva en su interior las semillas de su propia destruc-

ción. Y los imperios que ascienden, un día caerán”. Esta advertencia sobria resuena en los eventos de marzo de 2026. Estados Unidos, arquitecto y ejecutor del orden posterior a la Segunda Guerra Mundial basado en proyección militar sin desafíos, hegemonía del dólar y autoridad moral selectiva, ahora enfrenta las heridas autoinfligidas de su propio exceso. Lo que comenzó como repulsión moral ante la impunidad en Gaza se ha metastatizado en un desafío estructural: la insistencia del imperio en el apoyo absoluto a Israel, incluso ante horrores documentados, ha sembrado resentimiento en el Sur Global y fracturado alianzas más cercanas al hogar. Cada escalada —golpes de decapitación durante frágiles ceses al fuego, desvío de sistemas defensivos de Ucrania e Indo-Pacífico— planta semillas más profundas de reacción. El asesinato del Líder Supremo Alí Jamenei el 28 de febrero de 2026, en medio de negociaciones en curso, destruyó cualquier confianza diplomática restante. Su hijo Mojtaba Jamenei, endurecido por pérdidas personales y familiares, ha jurado venganza y resistencia sostenida, rechazando ceses al fuego sin reparación sistémica para Palestina. La historia, como recuerda Irulan, no permite ascenso perpetuo; los mismos mecanismos que elevaron a EE.UU. a superpotencia ahora exponen vulnerabilidades ante una resistencia asimétrica determinada.

Segundo, la icónica frase atribuida al barón Vladimir Harkonnen: “Quien controla la especia, controla el universo”. En el cosmos de Herbert, la melange —la especia geriátrica— es el eje de la civilización interestelar: prolonga la vida, expande la conciencia y permite a los Navegantes del Gremio plegar el espacio. El control de Arrakis equivale, por tanto, al control de todo. En nuestra analogía, el petróleo (y en menor medida el gas natural licuado) juega el rol de la especia. Durante décadas, EE.UU. ha dominado los flujos —no siempre por posesión directa de reservas, sino mediante supremacía naval que asegura rutas marítimas, alianzas que garantizan productores amigos y el sistema petrodólar que asegura demanda de dólares. El estrecho de Ormuz, por el que pasaba aproximadamente el 20 % del petróleo mundial diariamente, se convirtió en el punto de estrangulamiento moderno de Arrakis. El cierre efectivo —o restricción severa— del estrecho por Irán, respaldado por amenazas de misiles, minas y cancelaciones de seguros, ha subvertido ese control. El tráfico se ha reducido a un goteo; los productores del Golfo recortan producción por desbordamiento de almacenamiento; intentos de reruteo vía Bab el-Mandeb enfrentan nuevas amenazas hutíes. El propio petrodólar tiembla mientras Irán experimenta con pasajes denominados en yuan o rublos para cargas alineadas. Los arquitectos del viejo orden —Washington y sus aliados más cercanos— descubren de repente que el control nominal significa poco cuando el flujo mismo puede interrumpirse.

Sin embargo, la percepción más profunda proviene de una observación más sutil en la adaptación miniserie de *Hijos de Dune* (que hace eco de los temas de Herbert): “No es quién controla la especia, sino quién tiene la capacidad de interrumpir la especia”. Esta inversión captura la esencia del momento presente. EE.UU. puede seguir presumiendo de la marina más grande, los cazas más avanzados y las reservas estratégicas más profundas, pero Irán —apoyado indirectamente por inteligencia rusa, cobertura económica china y una red de proxies— ha demostrado que el poder superior reside en la disrupción. Mediante bombardeos sostenidos de misiles, asfixia de Ormuz y amenazas a puntos de estrangulamiento secundarios, Teherán impone costos que el imperio lucha por igualar de forma sostenible. Las municiones estadounidenses agotan años de reservas en semanas;

los interceptores se desvían de otros teatros; los aliados reevalúan en silencio acuerdos de bases mientras sitios protegidos por EE.UU. reciben fuego que no pueden repeler por completo. Los portaaviones, otrora símbolos de proyección sin desafíos, ahora operan bajo amenaza constante en un mundo de hipersónicos y enjambres de drones. Se ha llamado el farol: la fuerza convencional abrumadora flaquea ante la disposición a soportar dolor e imponer desgaste asimétrico.

La rabia que encendió este ajuste de cuentas —la voluntad de acoger el colapso sistémico si termina la impunidad— refleja una verdad más profunda: cuando el agotamiento moral se encuentra con la sobreextensión material, la caída se acelera. Los públicos ordinarios en Occidente, entumecidos o distraídos por imágenes mediadas del sufrimiento, fallaron en detener la máquina mediante huelgas generales o retiro masivo de consentimiento. Ahora el dolor llega visceralmente en la bomba de gasolina y en la cartera. El lanzamiento récord de 400 millones de barriles por la Agencia Internacional de Energía (11 de marzo de 2026) —el mayor de la historia— compra semanas, quizá meses, pero el agotamiento acecha para finales de junio si las interrupciones persisten. Los precios del petróleo suben hacia más de 100 dólares por barril (con escenarios peores pronosticando 135-200 dólares); los índices europeos como el TTF de gas se disparan; equivalentes de combustible cercanos a 20 euros por litro se vuelven imaginables en mercados de altos impuestos. Esta conmoción en el bolsillo —mucho más inmediata que atrocidades distantes— enciende manifestaciones masivas, huelgas generales y revueltas electorales ausentes durante mucho tiempo.

Europa, especialmente Alemania, se encuentra en el epicentro de la vulnerabilidad. La Energiewende de Berlín —eliminación gradual de la nuclear y aceleración de reducciones de carbón— ha estrechado opciones a gas importado y renovables intermitentes, dejando los precios de la electricidad rehenes de la volatilidad fósil global. Francia se amortigua con carga base nuclear; Polonia y España retienen carbón o fuerte desacoplamiento solar; EE.UU., China, Rusia y Japón se nutren de fuentes domésticas diversas. Alemania, sin embargo, enfrenta dolor industrial agudo, tensión fiscal y erosión política. La coalición del canciller Merz se aferra a la ortodoxia fiscal y compromisos inquebrantables —ayuda a Ucrania, sanciones a Rusia, apoyo incondicional a Israel— mientras los estados del sur (Irlanda, España, Italia) se irritan por la hipocresía moral sobre Gaza, y Hungría/Eslovaquia impulsan realismo energético pragmático al aligerar restricciones a importaciones rusas. La crisis del petróleo amplifica cada fractura: distribución desigual del dolor arriesga cascadas de vetos, reversiones políticas o ruptura total de la cohesión de la UE. Alemania o se dobla —suavizando posturas para evitar revuelta doméstica y elecciones anticipadas— o se convierte en el fulcro sobre el que se astilla el bloque.

La postura de Irán subraya el paradigma de interrupción. La sucesión a Mojtaba Jamenei ha fusionado venganza con claridad estratégica. No hay salida tras golpes durante negociaciones activas; la confianza está destrozada. Teherán exige no mera desescalada sino reparación sistémica —Palestina descolonizada, desmantelamiento de la “entidad sionista”— condiciones políticamente imposibles para una administración estadounidense atada a redes y lobbies proisraelíes. Los intentos de retirada con salvación de cara fallan ante este maximalismo. Las preparaciones del régimen durante décadas —proliferación de misiles,

endurecimiento de proxies, cobertura cambiaria— ahora se ejecutan con precisión, convirtiendo bases estadounidenses de activos en pasivos y alianzas en cargas.

En la sabiduría de Dune, toda revolución lleva las semillas de su propia destrucción, y los imperios caen porque olvidan que el poder sin legitimidad es frágil. El abandono de Gaza fue ese olvido hecho manifiesto: un orgullo que asumió impunidad eterna. El precio no es justicia abstracta diferida; es el desmoronamiento en curso —caos económico, realineamiento geopolítico, grietas en la fachada que una vez reclamó sostener un mundo basado en reglas. La factura está vencida, y la historia, implacable, la presenta completa.

Lo que emerge no es mero colapso sino transformación: un amanecer multipolar donde la disrupción fuerza equidad, donde la bancarrota moral del viejo orden da paso a una nueva, aunque turbulenta, ilustración. La especie ya no fluye en términos de Washington. Y en esa simple verdad reside el comienzo de un final —y quizá, al fin, las semillas de algo más justo.